



Historia

ISSN: 0073-2435

revhist@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile

Chile

SCHNEUER, MARÍA JOSÉ

SYLVIA DÜMMER SCHEEL, Sin tropicalismos ni exageraciones. La construcción de la imagen de Chile para la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929

Historia, vol. I, núm. 47, enero-junio, 2014, pp. 1-5

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33431442013>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESEÑAS

SYLVIA DÜMMER SCHEEL, *Sin tropicalismos ni exageraciones. La construcción de la imagen de Chile para la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929*, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile / RIL Editores, 2012, 274 páginas.

Una de las fuentes de sentido y de identidad del país proviene de cómo se ha mostrado hacia fuera; es decir, cuál ha sido la imagen que los chilenos han querido proyectar acerca de Chile en el exterior. En ese sentido, ha existido una obsesión por diferenciarse del resto de los países latinoamericanos, e incluso de plantearse como una nación no solo distinta, sino que, muchas veces, superior a sus vecinos continentales. Esta necesidad de diferenciación surgió después de la Independencia, como parte del proceso de formación de la nación, en el cual la élite chilena hizo un esfuerzo por acuñar ciertas características que se valoraran como propias. Así comenzaron a plantearse como fuentes de sentido y de identidad aspectos que buscaban ser presentados como únicos en el contexto latinoamericano, lo que en varias oportunidades se tradujo en un discurso que intentaba mostrar a Chile como un “país modelo”, aquel que le enseñaría el camino a seguir a las demás naciones de la región. Tal fue el caso de características como el orden, la institucionalidad, el respeto a la constitución y las leyes, y la laboriosidad de su gente, entre otras; cualidades planteadas como únicas para el caso chileno y que, según su élite, le conferían el apelativo de “superior” en el concierto de naciones latinoamericanas.

Las celebraciones, festividades y eventos que aluden a la nación son momentos propicios para estudiar y pensar el discurso acerca del país. Tal fue el caso de las celebraciones del Centenario y Bicentenario nacional. Fueron momentos para discutir acerca de lo avanzado, lo recorrido, del presente y del futuro. Otro ejemplo de este tipo de momentos fueron las participaciones de Chile en ferias internacionales y exposiciones durante el siglo XIX y XX. Su estudio también permite ver cómo el país se ha mostrado ante los ojos extranjeros, qué imagen se ha querido proyectar, y comprender por qué se erigieron ciertos símbolos para representarlo. Al mismo tiempo, es necesario tener presente los distintos momentos, con sus necesidades, objetivos y particularidades propias, que hicieron que lo que se quería mostrar y cómo se hacía, fuese variando con el tiempo, relacionándolo estrechamente con los imaginarios nacionales que circulaban en esos momentos al interior del país. Es por eso que las representaciones muchas veces toman ciertos aspectos de la tradición y del pasado, y otras tantas cambian, por lo que se transforman en algo lejos de permanecer estático en el tiempo.

El libro de Sylvia Dümmер se incorpora justamente en el intento por comprender esa compleja relación entre el nacionalismo y la identidad, desde una arista sumamente ilustrativa, como fue la participación de Chile en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, con el objetivo de identificar la imagen nacional que los encargados

decidieron presentar hacia el exterior y, con ello, comprender cómo los chilenos imaginaban su nación y deseaban ser vistos hacia el exterior, hacia fines de la década del veinte. Pero el libro va más allá y, a partir del estudio de ese evento particular, que puede ser calificado como una microhistoria, logra reflejar una época en términos más amplios y reconstruir los imaginarios nacionales dominantes en gran parte del siglo XX, situándolos en el contexto social y cultural en el que surgieron, ligándolo al proceso de construcción de imágenes nacionales orientadas al exterior.

El texto, basado en la tesis de magíster de la misma autora, busca mostrar la resolución del dilema de ver no solo cómo el país se definía a sí mismo, sino cómo quería que fuera visto por los demás. Esa tarea no siempre fue fácil y presentó una serie de dificultades y contradicciones que afloraron a través del discurso y que están muy bien analizadas en esta obra, por ejemplo, el dilema que surgió a los organizadores para escenificar una imagen homogénea y coherente del país y, al mismo tiempo, el desafío que les implicó mostrar el pasado indígena, sin dejar de parecer un país civilizado y moderno.

Para lograr su propósito, la autora inserta su investigación en las discusiones y reflexiones metodológicas y teóricas que han animado las investigaciones historiográficas en el último tiempo con respecto a conceptos como identidad, nación, nacionalismo, representación e imagen, lo cual ilumina su pesquisa y le otorga consistencia. También la inserta muy bien en el contexto y la historia de la participación de Chile en certámenes de esa naturaleza durante la segunda mitad del siglo XIX y XX, realizando una oportuna analogía con la intervención del país en la Exposición Universal de Sevilla de 1992, cuando fue representado a través de la puesta en escena de un enorme iceberg de hielo antártico que dispuso en su pabellón, como un símbolo del discurso que mostraba, una vez más, a Chile como un país frío y eficiente; pero sobre todo, ajeno a su contexto latinoamericano.

La obra está dividida en función de dos instancias: por una parte, las discusiones previas al evento, respecto a cómo representar al país; y, por otra, la escenificación del discurso de lo que finalmente se mostró en el pabellón chileno en Sevilla. Lo anterior fue estudiado a través del análisis de artículos de prensa, de discusiones legislativas, de la correspondencia mantenida entre diversos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y sus órganos relativos –como la Embajada de Chile en Madrid o el Consulado de Chile en Sevilla–. La segunda instancia –es decir, la materialización del discurso– fue analizada exhaustivamente a través del estudio y discusión de la arquitectura y estética del pabellón, los objetos expuestos y su distribución, la decoración de las salas, así como también las distintas gráficas y publicaciones editadas para la ocasión. El mérito está en el acabado análisis de los símbolos, jerarquías, distorsiones, énfasis y también silencios, en una serie de sutilezas sobre la interpretación de la realidad y las intenciones detrás de los autores, que no siempre fueron explícitas. Llegado a este punto, la autora, apoyada en fotografía y gráfica, logra, con gran habilidad, que el lector se imagine un recorrido virtual por el pabellón chileno, gracias a la minuciosidad en la aguda descripción de la decoración de cada una de las salas, objetos, imágenes, dioramas, muestrarios y gráficos estadísticos desplegados en ellas.

La redacción y escenificación de ese discurso nacional, a cargo de grupo de profesionales en los que el Gobierno confió su proyecto, estuvo muy influida por el “Chile nuevo” de Ibáñez, donde el Ejecutivo adquiría un rol protagónico para lograr la modernización del país. Por eso, la exposición era un buen escenario para mostrar sus logros y progresos, no solo al mundo, sino también a los mismos chilenos. Para ello, la autora indaga en cada organizador, aquellos arquitectos, historiadores, congresistas, editores y abogados que componían la Comisión Organizadora, identificando las ideas centrales que los aunaban, tales como el nacionalismo, el hispanismo, el antirracionalismo y las teorías raciales del darwinismo social. Todos ellos, concluye, propiciaron “la elección deliberada de un imaginario por sobre todos los demás”, convirtiéndola en “la” imagen oficial (p. 70).

Uno de los aspectos más visibles del discurso del país que se llevó a Sevilla estaba orientado a alcanzar ciertos objetivos económicos con su concurrencia, ligados a la producción y el desarrollo, como fueron ampliar los mercados externos para la producción nacional, conseguir capitales foráneos y atraer inmigrantes extranjeros. Esos objetivos y estrategias influyeron en la definición de Chile que se llevó al certamen, visto como una gran oportunidad de promoción de los principales productos chilenos exportados en esos momentos y así mostrarlos como “recursos infinitos de una nación confiable”. El nitrato, cobre y yodo, la producción industrial de manufacturas, así como del vino nacional y, por último, el fomento del turismo hacia el país, fueron los ejes de la promoción. Sin embargo, como recalca Sylvia Dümmer, todo lo anterior era parte de un “‘Chile potencial’, que no existía aún” (p. 127). Todo ese potencial era sustentado por los organizadores a través de garantías legales y financieras, que a su vez eran respaldadas por argumentos tomados de la tradición del discurso con respecto a las “virtudes” chilenas, como lo fueron “la seriedad de sus instituciones”, “la honradez de sus gobernantes”, “la sabiduría y discreción de sus leyes”, entre otros.

Lograr exhibir y escenificar una imagen de progreso no fue tarea fácil para los organizadores y, para ello, recurrieron a la clásica estrategia de comparación que buscaba mostrar a Chile como un país superior a sus vecinos dentro del continente. En ese punto, una vez más, echaron mano al tradicional discurso acerca de la nación, aquel que mostró las virtudes de la población chilena ligadas al concepto de civilización, como un pueblo “serio y trabajador”, en oposición a los otros países americanos relacionados aún con la barbarie.

Este juicio había sido utilizado en varias oportunidades en el pasado, como por ejemplo, durante la Guerra del Pacífico, cuando fue mostrado como una de las virtudes presentes en tiempos de paz, que justificó la victoria frente al enemigo. Lo mismo pasó con otros argumentos acerca de la superioridad del país, asociados a su población, tales como la composición de su raza “blanca y homogénea”. Estos planteamientos estaban fuertemente ligados a un determinismo geográfico que buscaba mostrar a Chile como un país de clima frío, situado en la zona austral y, por lo tanto, distante del trópico y lejos de ser bananeros, características con que se identificaba al resto de los países de Sudamérica. La puesta en escena de ese discurso acerca del *carácter nacional* tuvo como protagonista la imagen de la nevada cordillera de los Andes, que “como símbolo no sólo expresaba el clima frío, sino también la geografía

escarpada que habría reforzado el carácter laborioso de los chilenos” (p. 171), así como la sobriedad de la población, simbolizada a través de las características y de la estética del edificio proyectado para el pabellón chileno en Sevilla.

Junto a estas descripciones, habría que añadir el papel clave que desempeñó la constante competencia y comparación con Argentina que, para la década del veinte, ya llevaba un buen tiempo preocupando a los chilenos. Si bien es un tema que la autora menciona, al comparar, por ejemplo, los metros cuadrados destinados a cada uno de sus respectivos pabellones, creemos que el problema merecía una aproximación más acabada, sobre todo si se considera que había sido un tema central, generador de fuertes coletazos para el discurso identitario acerca del país, desde finales del siglo XIX y principios del XX. Esa comparación y competencia fue acentuada y llevada al límite para la celebración del Centenario de la Independencia a ambos lados de la cordillera, cuando, por ejemplo, desde la prensa chilena anuncianaban que al observar las realidades de estos países se evidenciaba claramente “un pueblo que avanza y otro que retrocede”¹. Lo anterior permitía ahondar no solo en cómo fueron representadas las demás naciones latinoamericanas en la Exposición de Sevilla de 1929, identificando sus principales preguntas, dilemas y contradicciones, parecidas o no al caso chileno, sino que también adentrarse en ese sentimiento de inferioridad frente al “otro” que avanza, y que seguramente quedó plasmado en más de algún comentario o actitud de los organizadores del certamen sevillano.

Además de la continuidad en el discurso acerca del país en el pasado, el libro muestra la participación de Chile en este tipo de certámenes como un punto de inflexión, que marca una diferencia entre los “viejos y los nuevos relatos”, como acertadamente distingue la autora, que reveló importantes transformaciones e innovaciones en la imagen nacional de exportación y en la forma en que era entendido el concepto de nación en el país. Ello reflejó una ruptura con el período anterior, al ser reemplazada por primera vez la estética europea del pabellón, por una propuesta que pudiera ser considerada “autóctona”. Lo anterior estaba ligado con las profundas transformaciones que sufrió la definición de “lo chileno” un par de décadas antes, cuando había surgido un nacionalismo de corte culturalista, junto con importantes cambios sociales, momento en que la idea de lo nacional comenzó a ser ligado con nuevos sectores de la población. Entonces, la pregunta por “lo propio” de la nación, por el “alma de Chile”, como lo llamaron desde la prensa, fue respondida a través de representaciones simbólicas de distintos *tipos chilenos*, en figuras tanto del mundo indígena, así como también del campesino, en donde el “huaso” fue el personaje por excelencia. Sin embargo, como señala Sylvia Dümmer, la representación del discurso acerca de “lo propio” sacó a la luz las divergencias, contradicciones y fisuras existentes en él, como lo demostró el trato dado al tema indígena y a la ausencia de toda referencia al período republicano de la historia nacional.

Sin tropicalismos ni exageraciones, escrito con una prosa ligera y amena, resulta en todos los aspectos reseñados un aporte sustantivo al estudio del discurso histórico acerca de la nación y de la formación de la identidad nacional, por la rigurosidad de

¹ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de mayo de 1903.

la investigación y lucidez de los planteamientos generales, así como por las preguntas y respuestas elaboradas a partir del objetivo de la investigación. En suma, el libro de Sylvia Dümmer logra mostrar con maestría los detalles, matices y conflictos, así como las continuidades y quiebres de la imagen de Chile representada y puesta en escena en el exterior en la década de 1920.

MARÍA JOSÉ SCHNEUER

Programa de Doctorado, Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile